



Revista de Ciencias Sociales (CI)

ISSN: 0717-2257

bernardo.guerrero@unap.cl

Universidad Arturo Prat

Chile

Witto Mättig, Sergio; Kottow, Andrea

LA CIUDAD DE LA FURIA. ANOTACIONES EN TORNO A "EL ROTO" DE JOAQUÍN EDWARDS
BELLO

Revista de Ciencias Sociales (CI), núm. 29, 2012, pp. 225-249

Universidad Arturo Prat

Tarapacá, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=70824863010>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LA CIUDAD DE LA FURIA. ANOTACIONES EN TORNO A “EL ROTO” DE JOAQUÍN EDWARDS BELLO¹

Sergio Witto Mättig² y Andrea Kottow³

Era mi calle, mi barrio. Existían antes que yo
(Jabès, 1990: 237).

Situado en el cruce entre literatura y filosofía, nuestro artículo resulta de un análisis exploratorio de *El roto* (1920) de Joaquín Edwards Bello. A partir de una teoría general de la escritura, la novela ingresa en la estrategia de la deconstrucción y se remite a una serie de contradicciones que reseñan una exégesis interesada en explicitar el flujo de la asunción periférica de la modernidad en Chile. La novela es atravesada por diversos tópicos: el perímetro urbano que ciñe a Santiago a comienzos del siglo XX, el cuerpo como epicentro del cansancio y la actividad onírica, la patología de la clase proletaria, su luminosidad fragmentaria y la formación subjetiva del roto, todos los cuales componen una trama cuyo dinamismo y *líneas de fuga* rebosan los límites discursivos que el propio texto impone a su economía interna.

Palabras claves: modernización, ciudad, cuerpo, sueño, enfermedad, luz.

Situated in the intersection between literature and philosophy, our paper results from the exploratory analysis of Joaquin Edwards Bello’s novel El roto (1920). From the perspective of a general theory of writing, the novel enters a deconstructive strategy, presenting a number of contradictions that synthesize an exegesis interested in showing the marginal assumption of modernity in Chile. The novel displays diverse topics: the body as the center of exhaustion and fantasizing, the urban extension of Santiago in the first decades of the twentieth century, the pathology of the proletarian class with its luminescence and subjective formation of the roto. All these elements compose a plot steeped in dynamism and fugitive lines that overflow the discursive limits that the text itself imposes on its internal economy starkness.

Keywords: Body, City, Dream, Luminescence, Modernization.

¹ Este artículo fue escrito en el marco de los proyectos de investigación Jorge Millas N° DI-12-11/JM “Procesos modernizadores y la constitución de un cuerpo moderno: significaciones en torno a ‘salud’ y ‘enfermedad’ en la literatura chilena (1860-1920) dirigido por Andrea Kottow y N° DI-21-11/JM “Identidad nacional e índices subalternos. Procesos de subjetivación en la época del Bicentenario” dirigido por Niklas Bornhauser (investigador responsable), Sergio Witto y Emanuel Rechter (co-investigadores).

² Filósofo. Universidad Andrés Bello. Correo electrónico: uduwitto@gmail.com

³ Profesora de Literatura. Universidad Andrés Bello. Correo electrónico: akottow@unab.cl

NOTAS INTRODUCTORIAS

“De modo explícito, pero subrepticiamente...” (Nancy, 2003b: 9), el presente artículo transita por las relaciones habidas entre literatura y deconstrucción. Se trata de un pasaje acotado por el trazo desigual de ambas producciones. Dicho derrotero aventaja, además, el deslinde de estas páginas; apremia, por tanto, cierta sobriedad que favorezca “una especie de puesta en escena, esta es acaso un buen método para resolver el problema” (Deleuze, 2005: 188). El sesgo viene precedido por una hipótesis restringida: la novela *El roto* de Edwards Bello —1920— reproduce el proyecto modernizador suscrito por la clase dirigente chilena de principios del siglo XX a pesar de sus pretensiones críticas. A la postre, la fe en el progreso indefinido inspira el ámbito reservado a la novela neutralizando el factor residual del avance. En Chile, desde hace cien años, los dispositivos de planificación articulados en torno al Estado multiplican, paulatinamente, un anhelo regional en pos del incremento económico y las mejoras sociales. Si bien “entre las regiones subdesarrolladas del mundo, América Latina es la que más ha reflexionado sobre su propia situación” (Iñiguez, 1982: 11) y que resulte indesmentible que distintos sectores de la cultura latinoamericana solidarizan en la referencia a un trasfondo común: “las preocupaciones sociales de las que surgieron” (Franco, 1993: 15), la vieja consigna de Bloch según la cual “para que valga algo como respuesta, hace falta que previamente exista la pregunta” (1983: 71) permanece inconclusa. *El roto* (Edwards Bello, 2006) no es “sino la fundación práctica de un teatro del futuro” (Foucault, 1995: 66) en el entendido que su trama escritural recorre un campo imperceptible que se reserva a una estrategia de lectura que subvierte el canon de las disciplinas, teniendo en cuenta que la deconstrucción “hace gran consumo de los conceptos (...) pero solo hasta el punto en que cierta escritura pensante excede (...) el dominio conceptual” (Derrida y Roudinesco, 2005: 13).

“El hombre [...] está solo frente al texto” (Jabès 2001: 90) y en los bordes de esa soledad se gesta la sujeción a la escritura. No se sabe nunca lo que contendrá un libro. Aun cuando las palabras carezcan de la candidez necesaria para delinear el horizonte de su porvenir, el libro, siempre, se debe a su ocultamiento —es en virtud de la intuición del lector que se puede llegar a “juzgar que el escritor se ha acercado efectivamente o, por el contrario, se ha alejado del libro que anhelaba escribir” (Jabès, 2001: 98). Mientras uno de los rasgos que hacen posible toda escritura sea su espaciamiento, dicha extensión convoca un origen que no es más que la confusa voluntad de abrirse paso a intervalos: leer es el pasaje al acto por el cual “siempre hay una palabra viviendo secretamente bajo la palabra” (Jabès, 2001: 107). Sean las discontinuidades casi imperceptibles del libro, estas ya no responden a principios conscientes. Hay que admitir, finalmente, que las

vicisitudes de toda escritura se juegan en su relación consigo misma. “De ahí la necesidad de reconvertir el lenguaje reflexivo. Hay que dirigirlo no ya hacia una confirmación exterior —hacia una especie de certidumbre central de la que no pudiera ser desalojado más— sino más bien hacia un extremo en que necesite refutarse constantemente [...]” (Foucault, 1997: 24). Cuando se escribe ya no es posible conjugar un elenco de signos empeñados en posponer el juicio o considerar los datos como un recurso fácilmente disponible —los desplazamientos figurativos de la imaginación se ordenan para evitar las interrupciones del sentido. Garantizada grupalmente, dicha experiencia responde a cierta abstracción fonética que rivaliza con la materialidad de la escritura —mediada por argumentos económicos (Thompson: *moneda*) o políticos (Vernant: *ciudad*), la razón venidera opera a distancia respecto de su “política de archivo” (Derrida, 1997: 12).

En los confines del proyecto modernizador decimonónico el debate sobre el rol del Estado parece confundirse con el anacronismo —correlativamente el concepto de identidad nacional hace parte del debate. “De ahí resulta a la vez una fusión, una concentración cuyo sino parecería ser la uniformidad y el anonimato” (Nancy, 2006: 61). Un elenco indeterminado de asuntos emerge toda vez que el espíritu republicano conjuga sentimientos, creencias y hábitos supuestamente chilenos. La celebración mediática acoge la novedad de los cambios y somete al escrutinio público la organicidad de un interés transversal: los subconjuntos etáreos, étnicos, de género, del espectáculo, tanto como los hábitos alimenticios e higiénicos se evocan bajo el expediente de un campo unificado. A posteriori se afirmará que la nación no está constituida exclusivamente por el territorio, ni por el lazo social o el nudo comunitario de los habitantes (Subercaseaux, 2007), sino también por su incesante actividad productiva. Tras la primera guerra europea y bajo el signo del relevo se inicia un ciclo de estancamiento y limitación en la tendencia expansionista del mercado financiero, asimismo, se rompe el patrón oro y la continuidad de las prácticas económicas anteriores: durante el primer tercio del siglo XX casi desaparecen las características que tutelaron los flujos de financiamiento internacional durante la época más auspiciosa del liberalismo. Una vez terminado el conflicto bélico se resiente la movilidad alcanzada por la mano de obra; “a partir de 1920 comienzan a imponerse restricciones que conducen a la fijación de cuotas de inmigrantes en diversos países, incluso en aquéllos que aceptaron un fuerte influjo migratorio europeo” (Sunkel y Paz, 1973: 344). Al contraerse la economía de los países industrializados, al contener sus exportaciones e inversiones en el extranjero, se desata una crisis de envergadura en los países dependientes —situación que contrasta con el florecimiento de la economía norteamericana en los últimos años de la década de 1920. Dicho período da inicio a un proceso creciente de desequilibrios originados en la acumulación de existencias en los países exportadores de productos básicos

(Rowe, 1965). Esta es la coyuntura político-económica global en la cual se publica la novela de Edwards Bello.

Tras las “Notas introductorias” se sigue una hipótesis sobre la proximidad —heterogénea e inestable— habida entre literatura y filosofía. Se trata de un pliegue transversal que recorre la superficie de lo que ha sido el vínculo secular entre saberes afines. Más que una suerte de sincretismo depurado, se trata de un cálculo que resulta de la apertura de dos prácticas que han devenido producciones autónomas pero que no renuncian al diálogo intentando alcanzar una “zona de vecindad [...] a condición de crear los medios para ello” (Deleuze, 1996: 12-13). Tanto es así que las referencias que conforman nuestro elenco bibliográfico han de ser examinadas bajo el mismo tenor: no comparecen como adorno, ni dan por concluido un intercambio permanente, antes bien, posibilitan la elección de una herencia. Atenta a una serie de rasgos propios del texto, la escritura rebasa lo que cualquier producción discursiva busca cautelar. Aun en obras cuyo sentido se enmarca en una coyuntura específica y sobre la que se instala una funcionalidad canónica, el acto escritural fuerza el texto a un tránsito inédito, a una invención extraña y desconsiderada. Dicho curso guía nuestro paso a través de la novela de Edwards Bello, en la medida que el texto es resituado bajo coordenadas diferenciales que lo asocian al movimiento político verificado en Chile, al ascenso de los ideales modernos pero cuyo reverso no hace más que incrementar el caudal de las contradicciones. Visto lo anterior, el presente artículo confina una problemática que registra un cúmulo de discusiones significativas para las primeras décadas del siglo XX. Desde el punto de vista de su deconstrucción, *El roto* hace parte de una narrativa abrupta tensionada por diversas facciones: ciudad, cuerpo, dolencia, rotería, destello; todo ello da lugar a un excuso sobre la claridad que alude a ciertos núcleos conjeturales en nuestro análisis de la obra. Casi al concluir, se propone un acceso a *El roto* que convoca el género del *Bildungsroman*, la escena urbana de su trama y el tópico de la enfermedad.

EL MOVIMIENTO DE LA DESMESURA

Del encuentro entre literatura y filosofía resulta algo muy distinto de lo que pudo anunciarse, alguna vez y con cierto entusiasmo, como un nuevo límite disciplinario. Y no solo porque parece evidente que dicha concurrencia responde a una ley cuyo origen deviene inasible, sino por lo difuso de una iniciativa que no claudica ante el imperativo de su economía interna. La pretensión más ostentosa querría hacer de esta hospitalidad la experiencia decisiva de un cúmulo de intereses compartidos que subsume lo singular hasta convertirlo en trascendente. Pero también es posible que literatura y filosofía establezcan una complicidad

diversa a la que pueden solventar los individuos. No es inusual, incluso, que una existencia singular pueda diferir de su propio registro identitario, que las especies presenten entre sí, por ejemplo, un alto grado de semejanza sin por ello sacrificar sus características individuales, tal como lo consignan los investigadores de campo que en más de una ocasión “se han cruzado con la mirada de un animal posada sobre ellos” (Derrida 2008: 29). No es sorprendente que un hombre trueque sus convicciones para conquistar aquello que vive antes que él —aquí funda toda su plausibilidad el acto psicoanalítico— o que sea necesario un golpe de suerte para enfrentar el espectro nocturno donde pudo albergarse la claridad de una mirada. En cualquier caso, sin embargo, solo acaece el dato que arroja la experiencia de un tacto adolescente entre literatura y filosofía a condición de reconocer la paradoja de una larga historia compartida. “Es la escritura la que va a permitir imponer al lenguaje mismo una especie de quiebre, de descomposición” (Safouan, 2008: 317). Desde un comienzo esta ruptura arroja una reciprocidad de movimientos aunque soporte la contractura del cálculo metodológico (Said 2004).

La producción literaria sabe, no obstante, que ha nacido emparentada con necesidades arcaicas e intereses sectoriales, todos los cuales encarnan la rectitud de una herencia hegemónica. Que la coyuntura socio-política en torno al primer tercio del siglo XX elija la novela para confrontarse con el reverso de su soberanía, hace parte de nuevas formas de censura y autoinmunidad que reivindican un estado de excepción orientado solo al ámbito modificable de su factura privada —allí donde los géneros pudieron consolidar su encabalgamiento con una conciencia específica y un ideario iluminista a fuerza de emplazar el carácter ficticio del ejercicio, discutir su estatuto científico o entenderla “como auténtico arte” (White, 1992: 13).

Qué sea el límite del texto *i*) si una teoría sobre el sujeto cuyas determinaciones han de ser purificadas del imperativo de la lengua o de la época; *ii*) si la expedición en pos de un acontecimiento *asignificante* cuyos filamentos enunciativos han podido someterse a las leyes de la comunicabilidad; *iii*) si diálogo disciplinario tras haberse dado él mismo unos cauces a fin de ordenar técnicamente sus dichos; *iv*) si ejercicio crítico sumergido en un laberinto epistemológico con pretensiones de ciencia. Toda alternativa parece insuficiente porque con frecuencia omite el desencuentro del texto consigo mismo. Aun antes que el orden universitario curse las invitaciones para que las facultades concurran a exponer sus puntos de vista en beneficio de una transversalidad cada vez más disuasiva, previo incluso a la conciencia desventurada cuando el nombre propio insiste en volver sobre la superficie transparente de la rutina académica, solo excepcionalmente el vínculo entre los textos constituye una garantía que gusta referirse a las múltiples exigencias del ritmo institucional: acumula, casi todas las veces, una pura

variabilidad a no ser por el auxilio que deriva siempre de un régimen pospuesto. Un cierto vencimiento del caos que proporcionan los conceptos, sean disciplinarios o no, sigue celebrando hasta hoy una afinidad desafiante por inconclusa o rival. El rasgo inadministrable del texto, aquel que lo hiere con la potencia de la ruptura y la afirmación, invoca un modo que disuelve toda inmunidad en favor de una demanda que se organiza en la contingencia, esto es, omitiendo todo aquello que no se identifica con el lleno vulgar de la opinión. Llegado el momento —cuando la gramática comienza a fluir arrastrada por actos cuyo efecto colateral será el fracaso de la atribución identitaria del yo— emerge un inventario teórico en tanto que la certidumbre individual no se corresponde con la escucha de la subjetividad contemporánea.

Pronto a cumplir medio siglo, el artículo de Susan Sontag, “Nathalie Sarraute y la novela” (1984), mantiene su vigencia. Y no tanto en beneficio de un estado de cosas que tributa a la anticipación el mayor de los méritos porque puede sospecharse que un móvil de este tipo coincide con la evolución del arte refutado por Sontag. Es atendible que la novela moderna se haya dejado persuadir por la pedagogía y que el pliegue de ese avance se oriente hacia el progreso del género mismo. La sensibilidad, en consecuencia, quedará subordinada a los imperativos de la técnica a objeto de asegurar su sobrevida. Bajo la consigna de lo enseñable, la representación se remite a exhibir el artificio de un montaje compuesto por recursos narrativos provisionales, aleatorios, incluso vanguardistas, pero a condición de mantener incólume las antiguas divisas del exhorto y la amonestación. La potencia del intervalo, tanto en la música de Boulez como en el psicoanálisis acuñado por Lacan, asociado en ambos casos con el silencio y la variabilidad del tiempo, enseña la insubordinación del ritmo y de la vida inconsciente, según corresponda. Es necesario reconocer, empero, que salvo las típicas excepciones, los criterios de inteligibilidad de la novela conservan su vigor en comparación con “la pintura expresionista abstracta y la *musique concrète*” (Sontag, 1984: 118). Sontag parece afirmar que si el propósito consiste en demandar un suelo común para la novela, a fin de dejarse instruir, con algún apremio quizá, por su actualidad, no está demás cierta cautela. Bajo el diagnóstico de un “arte arquetípico del siglo XIX” (Sontag, 1984:118) se equilibran una serie de discursos de calibre muy desigual. No se trata, por tanto, de explicar el trabajo del escritor de modo que los conceptos en juego respondan a una herencia única. Que por razones nada simples, el destino de la novela moderna se halle ligado, irrevocablemente, a lo real resulta significante a la hora de evocar su historia. No es casual que se la convoque para insinuar la crisis, la patología o la esterilidad de los signos del presente. Todo parece haber comenzado por el envío desde el cual se impone cierta insistencia para que la novela recobre su nombre propio y su sentido. Pero lo que deviene problemático, finalmente, no es la novela como

institución, sino el desafecto que la precede, en otras palabras, que no brinde especial interés por aquello que se sustrae a los criterios historicistas según los cuales la institución constituye el fin de la voluntad —al hilo de tales argumentos, la voluntad determina el acceso al sujeto moderno pero dicha contractura no constituye un modo particular de la institución sino su rasgo distintivo.

LA MODERNIDAD PUESTA EN OBRA

¿Es posible pensar el estatuto de la ciudad con estilos de producción asignados tradicionalmente a la escritura? ¿O es que sobre el trazo material de los enunciados encuentra lugar, acaso de manera definitiva, la serie de gestos imaginarios que reparte el sentido de su herencia? En la década de 1910, Santiago de Chile se prepara para celebrar el primer centenario de la República; un sinnúmero de publicaciones coinciden en la serie de problemas que rivalizan con su puesta en escena —discursos políticos, tratados médicos, artículos de prensa y textos literarios abundan en el examen crítico del orden emergente. Lo que constituye dicha actualidad aviva la creencia cada vez más generalizada que su advenimiento ha de hallarse avalado por el curso arrollador del progreso, único capaz de balancear la arremetida perniciosa de enfermedad e ignorancia. La así llamada *cuestión social*, tematizada en periódicos de a fines del siglo XIX por Augusto Orrego Luco, incluye los tópicos de la pobreza en los arrabales, las condiciones de vida miserables, la prostitución, la brecha que separa a la élite dirigente de la clases bajas, las epidemias —viruela, cólera, tifus, tuberculosis y sífilis. Dicho panorama propicia la criba de los procesos modernizadores. La nación es vista como un organismo enfermo impedido, como está, de acceder a un bienestar necesario. Pero más allá de la evidencia, lo mórbido parece conectarse con el espacio patógeno que conjuga la propia ciudad. El borde interno de la ciudadanía no coincide con el plano de sus definiciones y muy incidentalmente con el vínculo lábil de su progreso.

La voluntad modernizadora ha de mostrarse obediente a los criterios de intervención asimilados a la razón de estado. Iniciado el siglo XX, un elenco indeterminado de reformas aparece subsumido por trazos de salubridad en desmedro de estrategias menos apremiantes. Los datos estadísticos empiezan a orientar el trabajo de la burocracia estatal sin atender, programáticamente, al examen crítico de sus presupuestos. Urge el acopio de aportes inéditos referidos al estudio de los problemas sociales que establecen prioridades, urgencias y asignación de recursos. En este contexto, mantiene toda su vigencia pensar el rol de la medicina y sus soportes auxiliares en la productividad humana. Y en virtud de tales propósitos, los proyectos de intervención favorecen un cruce disciplinario

sin reserva y no escatiman esfuerzos para traducir pautas prescriptivas en meras referencias difícilmente disociadas de su porte histórico-político. La que puede considerarse una de las realizaciones más estimadas de las políticas públicas de la época no puede escindirse de la complejidad singular que conquista, modernamente, trazos de identidad nacional. No obstante, prevalece cierta teleología sobre lo político que alcanza para establecer alguna semejanza con aquel régimen identitario que desconoce el contexto, las cadencias y la transformación del entorno. Resulta inevitable considerar que la medicina encarna una alternativa radical a los problemas que anuncia el nuevo siglo. No es otra sino esta solicitud creciente la que se percibe en la arquitectura de la ciudad. Se trata, finalmente, de un estado de cosas que subvierte las fronteras entre la teoría y la práctica, entre lo plural y lo singular. Queda por saber si este porvenir transversal no es la herencia que habrá recibido la ciudad de manos de la literatura.

Las políticas modernizadoras acuñan una nomenclatura compleja para convenir en un asunto fundamental: el devenir de una soberanía que se declina, gradualmente, hacia el Estado-nación. Lo que no termina de arribar configura un lugar eximido de fundamento pero que no obstante señala el sentido de lo esperable: un rol preventivo y rehabilitador de carácter público. No es posible desagregar los conceptos de cultura, de salud, de buenas costumbres, de ciudadano, de emprendimiento y de responsabilidad, todos los cuales hacen parte del espíritu de las reformas. Pero la distancia con los hechos abre otra vía, allí donde la literatura moderna alberga una experiencia menos análoga con la emancipación. Este articulado está dispuesto a ilustrar la idea que el límite de lo político se monta sobre una diversidad de inscripciones —unas afines como las del humanismo y el progreso, otras más peculiares como las del delirio y la anormalidad (Bornhauser y Andahur, 2009). Se trata del despliegue de una franja discursiva que obedece a la paradoja en tanto que para las tesis humanistas es dudoso que el comportamiento ciudadano rebase lo político, aunque en épocas donde el sistema republicano de gobierno entra en crisis, el restablecimiento del estado de derecho empieza por reivindicar el soporte comunitario de toda acción humana, del mismo modo que lo normal en la herencia del siglo XIX —como discurso que le otorga unidad orgánica a la salud— encuentra acogida no solo entre médicos y pedagogos sino en un grado nada despreciable entre arquitectos e industriales. La fisonomía residual de la modernización, sin embargo, funda una práctica editorial donde la literatura encuentra cabida bajo una multiplicidad de fórmulas, algunas de las cuales favorecen un movimiento de resistencia *autoinmunitario* respecto de su legitimidad sin otro argumento que una patología sentida como trascendental.

En 1920 se publica *El roto*, la novela más emblemática de Joaquín Edwards Bello. Constituye la escritura cifrada de prácticas discursivas cuyo exoterismo se encabestra a dispositivos ideológicos de fines del siglo XIX y comienzos del XX. El roto —estereotipo identitario que sintetiza la imagen de la élite chilena sobre el mundo popular— sufre continuos travestismos en el curso de su historia. Durante el siglo XIX soporta el peso de todo aquello que la incipiente república establece como alteridad indeseable: sujeto marginal de consumo con el exceso que lo excluye del proyecto modernizador que ensaya el Estado. Con anterioridad, la Guerra del Pacífico convierte al roto en ícono de las tesis nacionalistas devenidas etnocéntricas, hipostasiando su plasticidad en beneficio de la beligerancia (Cid, 2009). Seguidamente, es emplazado en el centro del oficialismo; hacia 1920 —cuando Edwards Bello lo enviste como héroe de su novela— encarna un doble vínculo: capitaliza el segmento residual de los discursos modernizadores y, a un tiempo, participa del linaje heroico que adorna el sustrato ideológico de la confrontación bélica en torno a 1879. En la novela, el protagonista es figura tanto singular como colectiva. El niño Esmeraldo consuma un destino personal a la vez que refleja sus contradicciones de clase. Pero no es posible descifrar lo que ha llegado a ser esa autenticidad sino a través de un capítulo fragmentario cuyo exergo genealógico puebla diversas hipótesis. Dicha historia, aun cuando debamos diferir su rasgo original, obedece a un esbozo de apertura que se manifiesta a saltos. Una vez más, se trata del hábito que distribuye sin miramientos una verdad invariable, a no ser por el parpadeo de aquello que se resiste a ingresar como mera opinión; a un tiempo, es el traspaso de las fronteras disciplinarias y la acogida del afuera y su porvenir. Es esta intermitencia la que coopera en favor de un protagonismo cuya primicia consagra la necesidad de respetar, cabalmente, un protocolo inconcluso.

El roto ordena uno de los borradores de las tesis higienistas del siglo anterior, en este contexto, dichas tesis constituyen el epicentro de la *hausmannización* de la ciudad propugnada por Vicuña Mackenna. El problema de la vivienda y las condiciones sanitarias de Santiago saturan la atención de la clase gobernante. Mientras la vanguardia ilustrada se siente arribada a la modernidad y protagonista de su devenir local, la pobreza amenaza con desmoronar la imagen de país progresista y cosmopolita de fin de siglo. El debate se desplaza, no obstante la paradoja, hacia el porvenir de la raza chilena contrahecha por los índices de mortalidad, todo lo cual encuentra suelo en la hipótesis del contagio. El Consejo de Higiene, creado en el año 1889 bajo el Gobierno de Balmaceda, obedece a la necesidad de contar con un dispositivo de Estado encargado de implementar una política de salud pública cuyo cometido explícito consista en erradicar las epidemias del territorio nacional —viruela, cólera, fiebre tifoidea, tuberculosis, así como las afecciones venéreas, principalmente la sífilis. Consecuentemente, en las

últimas décadas del siglo XIX la intendencia capitalina decide aislar las zonas “peligrosas” y mórbidas de aquellas “cultas y sanas” —Vicuña Mackenna instruye el establecimiento de un “cordón sanitario destinado a delimitar la culta capital de Chile”, que denomina “Santiago Propio”, de las “influencias pestilenciales de los arrabales”” (Espinoza, 2000: 120).

La trama de *El roto* transcurre en el barrio posterior a la Estación Central, en “la desolación de esa ciudad doliente” (Edwards Bello, 2006: 17), cuya arquitectónica constituye la escena de una subjetividad que se aliena cada vez más decididamente en lo colectivo. Inmune a los planes modernizadores de la fachada capitalina permanecen las calles barrosas y sucias que integran el “barrio sórdido, sin apoyo municipal” (Edwards Bello, 2006: 2) que muestra la fractura del frontis capitalino —mientras que su cara moderna tiene “[un] poco de la vida de Europa” (Edwards Bello, 2006: 3); los conventillos, los prostíbulos, la estrechez y la suciedad hacen adivinar “los parásitos y bichos nocturnos espiando el sueño pesado de la carne proletaria” (Edwards Bello 2006: 5)⁴. No es posible ponderar las vicisitudes históricas de lo moderno sin vincularlas con el acomodo contemporáneo de la ciudad, en la justa medida que los límites de su representación parecen ceder al régimen productivo de la plusvalía. Si esto es así, se hace cada vez menos pertinente esgrimir una topología relativa al estado de la ciudad o un dispositivo de recambio —el barrio o la comuna— cuando los índices diferenciales señalan el descrédito de cualquier estructura de contención. Ya no basta, en obediencia a una premisa lógica otrora compartida, la comprensión cotidiana de lo vivible —imaginarlo como un sistema compuesto por individualidades que recorren una y otra vez diversos lugares. La novedad consiste en el desplazamiento radical de los puntos cardinales en favor de un paso fáctico carente de toda finalidad que no sea el exceso recaído sobre la posesión colectiva de lo acumulable. Es precisamente esta perspectiva de análisis sobre una ciudad tardíamente globalizada pero confundida con la desmesura del goce, lo que debe abrirse paso al momento de examinar el estatuto efectivo de los procesos modernizadores. ¿En qué consiste aquí tal iniciativa sino en la experiencia del carácter desértico, radicalmente a-humano de su residencia?

Edwards Bello repasa estas coordenadas cuando convoca el *continuum* que sutura la infección y el cuerpo —compone un plano de inmanencia que anula la distancia entre “parásitos y bichos” (5) por un lado, y “carne proletaria” (5) por el otro. La triangulación del espacio mórbido propuesto por Foucault (1975) regula el dispositivo de la salud a partir del siglo XIX en tanto que *i)* produce el aislamiento de la enfermedad a partir de su inclusión en una tabla de clasificación patológica;

⁴ Para una discusión de la representación de la ciudad en *El roto* y en otras obras de Joaquín Edwards Bello, véase Hozven 2006.

ii) la espacializa con relación al paciente y iii) la ordena al interior de la sociedad. Es este espacio múltiple el que conforma un sistema biopolítico a partir del cual se decide la supervivencia del grupo a condición de excluir sus segmentos indeseables. Sin embargo, el personaje de la novela —cuyos rasgos identitarios se construyen por tramos— no logra explicarse por la *espacialización* foucaultiana de la enfermedad en tanto que no existiría, en rigor, un cuerpo unario, sino el emplazamiento deforme de la “carne proletaria” (Edwards Bello, 2006: 5) acosada, esta vez, por la actividad microscópica nocturna; Edwards Bello recurre a la imagen de la “noche” para evocar el triunfo inhallable del iluminismo periférico —la existencia marginal del roto accede a la soberanía en tanto ha lugar la proletarización de su carne.

UN RÉGIMEN DE LUZ

Antes o después, puesto que no se trata de exhibir, por ahora, su trazo antropológico, el cuerpo habrá establecido un vínculo con la luz. El recién llegado es sujeto —tras el evento de quien lo expone— por una red inextricable de instituciones y dispositivos de poder. A un tiempo, el alumbramiento participa de esa tradición antigua cuando los asuntos humanos exacerbaban el pleito entre luz y oscuridad. No es posible olvidar, empero, que “no hay otra evidencia —clara y distinta como la quiere Descartes— que la del cuerpo” (Nancy, 2003a: 39). El mito expresa en esa pugna su propia historia, sobreviven, eso sí, los matices astrales. *i) El solar*, como símbolo del padre que se convierte, finalmente, en signo de fuerza. No por azar las divinidades paganas hacen de esta luz su sello distintivo y se unen, más tarde, al ejercicio político del soberano. Dios y rey participan de un mismo resplandor. *ii) El lunar*, confinado a la mujer, fría y fúnebre, no luce igual brillo —se manifiesta abriendose paso a través de la noche. La nocturnidad demanda el sacrificio de lo que espera recibir, de vuelta, su plenitud definitiva. Por las mañanas, los niños suelen tranquilizarse ante la imagen de la luna rebajada por el sol porque allí ha podido vencer el contorno inalterable de un mundo amenazado por la deformidad, por el recuerdo de una muerte anticipada ya en el claustro materno. El sol y la luna, en el reverso, en la refriega cíclica de su enfrentamiento mitológico se donan mutuamente una experiencia ambigua: mientras el astro encandila y atenta contra la frescura de la lucidez razonante, la luz satelital defrauda y engaña a quienes se afanan en conocer la talla del mundo. Pero la luz ha tenido que ver con el viviente: luminosa o lúgubre —contrahecha por el agujón de la enfermedad, del cansancio o la muerte. No obstante, esta desmesura no hace justicia a la claridad de la carne. La claridad pertenece a una fase intermedia que habita entre el rasgo distintivo y el color local. Allí comparecen dos partículas elementales que no consiguen reconciliarse. Prueba de ello es que

la soberanía del cuerpo se muestra al alba, cuando sus contornos no se comiden al fulgor ni a su borradura. La claridad existiría antes que los cuerpos, en virtud de este antecedente suele convertirse en sujeto.

El alba se abre al espacio de la entereza dado que se extiende, sin prudencia, de un borde a otro: no ha de ser investida con las cláusulas del contraste. Todo depende de la disposición de los lugares para abrirse y mostrarse. No se trata de un espacio calculable sino de una partitura hecha de luz. Esta igualdad es la condición de los cuerpos: muestra desnuda, evidencia banal, sufriente, gozosa. El alba es extraña al sacrificio y, con la misma beligerancia, se sustraer al fantasma con el propósito de ofrecerse a la naturaleza de la carne. El fragmento de *El roto* encuentra su símil en la fotografía, porque se trata, en último análisis, del espacio que recorre una claridad. “La carne proletaria” (Edwards Bello, 2006: 5) evoca un montaje ficcional que rinde tributo a la transparencia a punto de ser vencida por las criaturas invisibles y noctámbulas que trajinan el cuerpo mientras sueña. Si se observa detenidamente, una vez más la mañana parece ser el modelo ejemplar que ha devenido noche. Pero el espacio literario, donde se posan los cuerpos de quienes entablan una relación intermitente con la luz, se construye sobre la plataforma de su destello: las prótesis del progreso dan lugar a la crudeza de la piel, y se fuga, como si la forjaran a voluntad, una delicadeza inadministrable. La noche evidencia la pesadez del cuerpo porque lo transforma en mercancía intentando sustraerse, vanamente, al cansancio y la enfermedad. Convertida en valor de cambio, el imperativo fundamental consiste en el ocultamiento del brillo aunque sea propio de la “carne proletaria” mostrar una desnudez sustraída del adorno o equívoco confundirla con el apaciguamiento del tono muscular. Se pierde aquel humanismo que hizo del viviente una producción *maquínica* inalterable. La ausencia de luz se resuelve, finalmente, en el control de su espaciamiento. Sin ostentación, enfermedad y cansancio muestran la desnudez más allá de la prohibición, más allá del misterio aunque rozan el secreto. Mientras haya un cuerpo, habrá un alba sin astro —esta es la condición para que exista lo singular (Nancy, 2006).

La noche se mantiene inaccesible, penetrar sus límites significa relacionarse con el afuera y permanecer intocado subjetivamente en virtud de la reserva que cabe frente a la oscuridad, a un tiempo que imposibilitado de liberarse de su presencia. La noche evoca el memorial de la partida, de una muerte que se prolonga sin ninguna consideración por las cosas de este mundo. Quienes han sido protagonistas de un proceso como éste ya no se agrupan al amparo de la urgencia ni del sigilo. Mientras el texto suscribe con distinto énfasis la amenaza que se cierne sobre el cuerpo hasta hacer de éste una cultura, la cercanía, el contagio, constituyen la expresión insomne de la vida. Como es usual, el acto de retirarse no

acopia para sí ninguna palabra, ni siquiera la promesa que involucra el adiós. Solo cabe la separación, el destino de una iniciativa inaudita acosada originalmente por el fracaso. “La noche no se abre” (Blanchot, 1969: 154), la exigencia de oscuridad hace justicia a una historia en espera del gesto que la culmine; con igual lógica, esgrime, asimismo, el recurso a la soberanía —frente a la improvisación del saludo y los devaneos de la despedida. La nocturnidad constituye una partida que es llamada a comparecer frente a sus propias estrategias, el peso de la prueba parece recaer en los convocados, aquellos que espían “el sueño pesado de la carne proletaria” (Edwards Bello 2006: 5). Y si todo esto acredita un signo puede considerarse dicha formalización, por simple acuerdo, de manera autónoma. Hay todo un régimen de enunciados flotantes, nómades, de nombres suspendidos, de signos que acechan, que esperan ser empujados para volver a establecer el sentido de la afirmación. “¿Cómo justificar la vida, que es sufrimiento y grito?” —se pregunta Deleuze a propósito de Wolfson (Deleuze, 1996: 28). En un régimen de este tipo, nunca se llega al final de algo, está previsto precisamente para eso: régimen trágico del apremio infinito, respecto del cual se es, a un tiempo, deudor y acreedor. Sin embargo, lo importante no es tanto la circularidad melancólica de los signos cuanto sus multiplicidades.

Aun así, se abre paso la diversidad de formas tramadas en una mezcla rara emparentada con “parásitos y bichos nocturnos” (Edwards Bello 2006: 5). En este contexto, se puede dudar si el cuerpo es un trámite del día o si, en sentido estricto es *i)* el horizonte que se declina tras la puesta del sol o *ii)* el encuentro con un grado de soberanía suficiente que ofrece la carne para ser contemplada en la intimidad de su derrota. El acoso se convierte entonces en el signo plural a punto de interrumpir la cadena significante —cuanto más apegado a la noche, el cuerpo visitado experimenta la imposibilidad de la muerte porque siempre se muere en un “futuro que nunca es actual” (Blanchot 1969: 155); cuanto más se apaga el sonido de las palabras, el mundo puede existir sin sujeto —semejante al árbol invadido por las hormigas de los trascendentalistas norteamericanos de principios del siglo XIX. Todo se resume en que no hay nada que mostrar salvo una separación porque “en el límite de la noche ya nadie pregunta a la sombra de dónde viene ni quién es” (Jabès, 2002: 151). Toda muerte tiene como precedente un transformismo mediante el cual los cuerpos dejan de participar en un ritmo cíclico, su exterioridad ya no se corresponde con el sentido orgánico que pudo encontrar allí la literatura o la filosofía. “Hay que salvar, hay que asegurar la salvación” (Derrida, 2000: 9), esta sería la consigna de quienes no padecen otra muerte que la permitida por la actividad productiva, de quienes mueren sin ningún auxilio del porvenir. La “carne proletaria” muere en el presente enfrentada a la desnudez de su propia soledad. ¿Cómo no hablar del fracaso cuando se ha tenido que recorrer hasta sus extremos más sinuosos el trazo de esta historia singular? Para ello, el

Occidente ha inventado una lengua —ha de insistirse en ello— que se encabesta en atención a las finalidades. El cabestro sirve para neutralizar la autonomía del animal cuando se lo quiere con la quietud obligatoria del trabajo, en referencia a la prioridad de la última hora. Menos frecuente es el gesto que se detiene en el instante, que se autoriza sobriamente en la adquisición tardía de una forma sinuosa, aquel que hilvana todo el pasado pero que se fragiliza ante la amenaza de lo que viene, que no contempla la requisitoria, esa violencia que se congratula en el sacrificio de su duración, esas “abreviaciones que engendran oscuridad” (Nietzsche, 1988: 207).

Tras la inquietud que provoca la suspensión de una regularidad mantenida incólume, no hay constancia de un aserto mayor que cuando se ha vuelto inapelable el imperio de la rutina, poco importa que allí “la certidumbre adquiera el carácter ofensivo del delirio” (Klossowski, 2005: 198). No obstante, una sorpresa donde lo actual ya no se conforma por la efectividad del tiempo sino por el desprendimiento de su presente, sería un acontecer que se identifica con los hechos solo en virtud del hábito que lo soporta. Este desprendimiento no escalona una nueva vigilancia como remiendo de la linealidad interrumpida, ni es el espíritu de alguna pseudociencia que demanda a modo de alternancia crítica el ingreso de lo inédito. Es necesario convenir que “en los fenómenos de repetición, de recuperación, de reactivación o de regreso, lo que cuenta nunca es lo idéntico sino lo diferente” (Nancy 2008: 8). Si la noche impregna los bordes del sueño es como si la extrañeza de donde provienen sus signos ya no pudieran iluminarse con el lleno de la referencia. El sueño, por tanto, aparece discernido de modo general y colectivo. Es legítimo hablar aquí de cierta ambigüedad referencial porque los contenidos oníricos no alcanzan a distinguirse sino dispensados por “la carne proletaria” y ésta no permite definir sus fronteras sino como una estructura social que sacrifica sus segmentos constituyentes. Ambigüedad quiere decir, en este contexto, el factor sumatorio tanto de la literatura como de la filosofía que falla necesariamente al momento de transparentar el exceso de sus hallazgos —tratándose del sueño sucede como si su pesadez hubiera desplazado el interés subjetivo en beneficio de un experimento que reclama para sí un lugar en la escena. La proletarización del cuerpo tematiza su desvanecimiento con acuerdo a la precariedad material del soñante, por su parte, la hermenéutica del sueño recubre sus operaciones de dominio y atestigua la más común de las paradojas: la espectralidad del yo; la vida inconsciente, por extensión, hunde sus raíces en el positivismo sofisticado de la presencia cuyo prestigio se tramita en favor de los fenómenos previstos por la anomalía social.

“A medianoche, cuando ya no queda nada por preguntar” (Deleuze y Guattari, 1993: 7), la filosofía —como el sueño— evoca un tiempo muy diverso al

constreñimiento luminoso de las primeras horas cuando el imperativo de la producción hace que todo aparezca ingravido y hasta transparente, demasiado artificial y abstracto. Auxiliada por sus propios medios sobre lo que una vez compareció como orden inapelable, la literatura masculla la pregunta por aquello que resulta de la consigna modernizadora orientada por el tiento de políticas de Estado que trae anexa una apostilla inhóspita donde “la carne proletaria” goza de un instante de gracia entre la vida y la muerte. La literatura interroga la fraternidad como cuestión habida “más acá de cualquier connotación sentimental” (Cit. en Derrida 2005, 2: 80), que hace del otro un rival pero sin dejarse persuadir por el exterminio —se trata de un desafío sin importar el buen decir o las convicciones de cada cual. En la novela de Edwards Bello llega el momento en que al protagonista le resulta imposible acceder a una “cierta intimidad competente” (Deleuze y Guattari, 1993: 2) que no sea su propio abatimiento. Helo ahí, postrado, intentando fijar un acontecimiento a instancias de la noche en una ciudad expuesta a los vaivenes del progreso; el presente del sueño retiene la mudez como alteridad intransferible sin rozar la trascendencia ni lo más próximo. Y no es que *El roto* de Edwards Bello se obligue a fundar dicha experiencia, la trae sin inventarla porque el asunto que plantea incluye *lo que pasa* en términos de estructuras y relaciones o llega precedido por una revelación sin consumar, por una promesa sin tiempo. Sin embargo, la apertura de este sujeto exiliado de alma sigue figurando bajo la enmienda que se muestra en su recubrimiento: como exotismo de una erudición novelesca y cuyo anuncio ya no contiene la posibilidad de creer en algo. La cuestión verdaderamente crucial consiste en dirigirse a lo que pasa y que “anula toda creencia, todo cálculo, toda economía y toda salvación” (Nancy, 2008: 170).

El advenimiento del sueño autoriza otro modo de pensar el estatuto del testigo respecto de la “pobreza de mundo (*Weltarmut*)” (Citado en Agamben, 2007a, 2: 94) propia del animal. La tesis que Heidegger esgrime en el semestre de invierno de 1929-1930 está referida, en su último tramo, a la soledad del viviente. Es un asunto expugnable toda vez que se trata de la fragilidad de una apertura, la puesta en escena de un imposible que no sería negativo sino, en todo caso, otro trámite del tener-lugar. Es sabido que las investigaciones de Jakob von Uexküll constituyen un hito gravitante en el trabajo de Heidegger al volver sobre la ciencia biológica. Si para von Uexküll, el ambiente (*Umwelt*) es el portador de significado (*Bedeutungsträger*, *Merkmalträger*), a Heidegger le corresponde la responsabilidad de hacer solidarios el acontecimiento que recae sobre el animal y el viviente humano. Lo que cuenta para el acontecimiento cuenta también para la responsabilidad que se muestra en los intersticios de lo posible y cuyo paso ya no es assignable a una dependencia específica sino más bien pasiva de lo que reparte el otro en él. Según Heidegger, el animal en su ensimismamiento se halla

sustraído de la revelación del *Dasein*, no obstante, bajo el mismo expediente conquista una apertura especial hacia algo que nunca será nada: imposibilidad de soportar la relación con la existencia sin ser absorbida por ella. El animal discurre por fuera de lo posible aunque no pueda nombrar sino su desmesura, se sitúa en la incommensurabilidad de su propio límite y de su propia presencia. Así, “los parásitos y los bichos” hacen parte de lo inaccesible solo en tanto se encuentran privados de llegar a un destino singular sino es el tormento que asola la “carne proletaria”, de un modo análogo a cómo el protagonista de la novela consuma su desvío en la clausura del sueño.

CIUDAD Y PATOLOGÍA: LA FORMACIÓN DEL ROTO

La medicina del siglo XIX se consagra a la investigación bacteriológica a fin de aislar los microorganismos responsables de transmitir enfermedades infecciosas. “Cell theory relies on the ability to perceive borders, for to see a structure under a microscope means to visualize a membrane that distinguishes it from its surroundings” (Otis, 1999: 4). Con base en un juego de contrastes, dicho protocolo exige individualizar sus hallazgos a objeto de establecer las fronteras del funcionamiento pernicioso. Se trata de una nomenclatura disciplinaria que encuentra cabida no solo en el discurso médico, sino también en el imaginario socio-político de la época. La capacidad de distinguir un elemento entre otros, de velar por la integridad de los bordes que conforman un organismo propiamente tal, tiene como finalidad impedir la irrupción de elementos patógenos. La élite ilustrada chilena declina esta estrategia en un programa de construcción nacional con un doble propósito: fijar el marco de lo deseable y purgar las anomalías. Como contrapunto, la novela de Edwards Bello muestra los efectos de la comunicabilidad del tejido membranoso, esto es, la pérdida de sus contornos originales, su propósito de fusión, su obediencia a una ortopedia colectiva en virtud de la deformidad. “Accurrucados en el suelo, parecen acechar; uno es tuerto; otro tiene en lugar de la nariz un agujero siniestro, revelador del mal que pudre sus carnes” (Edwards Bello, 2006: 21). Este elenco deroga las cláusulas identitarias, pero no se trata de la multiplicación de un singular —de un vínculo, de un proyecto— sino de la catástrofe que produce una desbandada serial: “[...] el de más allá, de quince años, está consumido por la peste blanca; otro, el gordo, se presta al vicio inenarrable y no se ruboriza cuando le llaman con los nombres más degradantes” (Edwards Bello, 2006:21). En cualquier caso, el correlato transgresivo de la marginalidad subsume bajo un solo sedimento la exterioridad de sus partes constituyentes; comparece el manifiesto de un orden conservador que se establece autónomamente, “[...] aquél, blanco, alto, de rostro lívido, es un asesino que la policía persigue” (Edwards Bello, 2006:21).

Tradicionalmente la feria de curiosidades se caracteriza por mostrar lo que desborda la imaginación mientras exhiba lo monstruoso, aquello que escapa al *canon* de la taxonomía —el límite de la humanidad sorprendida en el preciso instante en que rebosa hacia lo bestial. La escena refunda el sentido común para señalar una rareza que excede con mucho la fantasía más bizarra. Allí, la tarea del presentador de la mujer enana o del hombre elefante consiste en hallar palabras para lo que se define, precisamente, por la imposibilidad de ser nombrado. Y si la exposición de lo insólito ha de responder a una marca trascendental, la rutina tiene como resultado el retorno de su contrario: la comparecencia de lo reprimido en una serie inédita que colectiviza la bancarrota del valor singular. Lo fuera de serie es recobrado en un nuevo elenco de anormalidad unida al poder en desmedro de cualquier estado de excepción: la ley incorpora sus cláusulas marginales (Agamben, 2007b). Se trata del movimiento museal prototípico del siglo XIX que exhibe: *i)* el catálogo de lo inclasificable; *ii)* la axiomática de la anormalidad y *iii)* la cientificación de lo natural. El tuerto de la cita de Edwards Bello es alineado con el hombre sin nariz, el tuberculoso, el gordo y el asesino. Cada uno de estos rasgos, todos los cuales debían obedecer al imperio del singular, terminan por anudarse a la pluralidad de lo morboso. La vitrina de la exhibición narrativa crea el espacio de la semejanza patológica. Este es el tránsito donde el roto se construye como tal, pero en rigor Esmeraldo corre la misma suerte de un movimiento *asignificante* que lo conmina a hacerse roto sin reservas —y una vez más, su correlato es “la desolación de esa ciudad doliente” (Edwards Bello, 2006: 17), en cuyo laberinto sucio y enfermizo habrá de perderse y soportar continuas sacudidas hasta acceder a su fórmula colectiva. Mientras que en el *Bildungsroman* tradicional la peripecia del protagonista responde a una interioridad vinculada con el *socius*, la (con)formación del roto parece obedecer a un destino inverso y alienante porque el pliegue del afuera constituye su zócalo subjetivo: si el individuo burgués aprende a restringir sus libertades interiores en aras del bien común, el roto aspira la libertad urbana: “[...] la calle llena de novedades, de imprevistos; su calle sin vergüenza, sucia y cínica [...]. Sentía latir ese corazón de su barrio como si lo llevara en sí mismo” (Edwards Bello, 2006:35).

Lo que para el discurso civilizatorio y modernizante de una joven nación empeñada en revisar sus primeros cien años de existencia ha llegado a ser, en el mejor de los casos, lo enmendable y objeto del desecho, en las antípodas, se muda aquí en ámbito configurador de una identidad alternativa tensionada por el vaivén entre lo singular y lo colectivo. El *Bildungsroman* de Esmeraldo es la fórmula narrativa del roto, de modo análogo a la historia de la socialización encarnada por Wilhelm Meister —prototipo burgués en la época de Goethe. Adviene un conjunto de peripecias para que dicho estatuto alcance su completitud

—*Leitmotiv* de la novela en tanto espacio literario. Tal logro coincide con el final de la obra.

Esmeraldo crece en un ambiente prostibular regentado por su madre Clorinda en ausencia del padre recluido en la cárcel. Importa en el devenir del roto la pérdida de la figura paterna tanto en términos imaginarios como efectivos. Es en virtud de esta falta que Esmeraldo construye su rol de masculinidad cuyo símbolo es un cuchillo que había pertenecido al progenitor y que Clorinda guarda en los cajones de la cómoda: “El cuchillo paterno lo fascinaba. Su padre sería un héroe. Se lo figuraba hermoso y fuerte, con aspecto de guerrillero [...]” (Edwards Bello, 2006:18). Pero la representación del “objeto sagrado” (Deleuze, 2006: 23) es forzada por el imperio lábil de la estructura psíquica. Esmeraldo sublima el reencuentro con su padre —a quien apenas recuerda y cree injustamente encarcelado. El enfrentamiento con la realidad lo despoja del ideal paterno: se encuentra con un hombre alcoholizado y corrompido por la vida carcelaria. Su “conmoción enfermiza” (Edwards Bello, 2006:19) se aviene con la muerte violenta del ascendiente ocurrida dos días más tarde a causa de un altercado en el recinto penitenciario: tras el evento catastrófico, Esmeraldo pierde definitivamente a su padre real. El *lacho Fernando*, amante de Clorinda pudiendo, habida cuenta la ligadura con la madre, asumir la función paterna es, por su parte, un roto sin vínculos parentales y sin descendencia: aventurero, nómade, hombre de varias mujeres; Fernando hace del “[...] mundo [...] el campo de pelea para el más gallo” (Edwards Bello, 2006: 29). Al seguir sus pasos, Esmeraldo se convierte en roto a través del desasimiento de los lazos filiales y haciendo de la ciudad su hogar formativo: la ley del padre es sustituida por la ley de la calle; en ella prevalece la relación entre pares que desean o gozan —según sea pertinente una exégesis con base en el psicoanálisis (Lacan, 1975) — la misma suerte de Esmeraldo. Aquí radica la ambigüedad de la novela de Edwards Bello. A mayor abundamiento, *El Pata de Jaiva*, oriundo de Valparaíso y compañero de andanzas de Esmeraldo, es “[...] descendiente de quién sabe qué changos empujados poco a poco por la raza blanca a los cerros del Barón” (Edwards Bello, 2006: 46). Su destino reitera la precariedad de referencias familiares, de nombre propio y de lazo social a cuyo recaudo emerge el sujeto: “El cerro, su cerro y su madre. ¡He ahí el universo!” (Edwards Bello, 2006:46).

El proceso de *subjetivación* del roto se acuña en la no-pertenencia a una trama social que le otorgue la posibilidad de reconocerse y conquistar un lugar en el mundo. Esmeraldo vaga por las calles de la ciudad. Un asesinato y la búsqueda del culpable crean las coordenadas narrativas del desenlace novelesco. Un amor que transgrede la estructura de clases se convierte en hecho fatídico para el *futre José Martí*, enamorado de Carmen, hermana de *El Puchó* —integrante de la

banda callejera en la que milita Esmeraldo y *El Pata de Jaiva*. Sintiéndose traicionado en su conciencia de clase por el ligue amoroso de su hermana, *El Puchó* apuñala a Martí causándole la muerte. En el lugar del crimen, la policía tramita la confesión voluntaria de Esmeraldo, quien asume la culpa vicaria del asesinato. El caso se convierte en noticia de interés general —debatido por la prensa y la opinión pública— en tanto que cifra el discurso político en torno a los desequilibrios sociales, la pobreza y su vínculo con la criminalidad, acto seguido, se esgrime la necesidad de reformas con bases profilácticas. Expertos en criminología seguidores de Kraft Ebbing, frenólogos inspirados en las tesis de Darwin y émulos de Nietzsche ponen a prueba sus postulados en el “asunto Esmeraldo” (Edwards Bello, 2006:152). El caso no termina por resolverse. Extinguida la cobertura mediática, tras siete meses de reclusión Esmeraldo es puesto en libertad. El periodista Lux, persuadido de su inocencia, asume un rol redentor del *niño pobre*: lo cobija en su casa con ánimo de civilizarlo. El programa iluminista de normalización —rubricado por el nombre propio del reportero— se empeña en subordinar a Esmeraldo a la ley paterna aun cuando “[...] el muchacho permanecía reservado, esquivo, salvaje. No pensaba sino en ver su barrio, su madre...” (Edwards Bello, 2006:153). Esmeraldo huye amparado por la noche, vuelve a sus correrías y al lugar que le prodiga un modelo identitario hecho a la medida. Pero el barrio de la infancia ha sido demolido y está siendo sustituido por un saneamiento higiénico: “Los fuertes, los vivos, que se alimentan de los muertos, caerían sobre esos escombros, poniendo una nota sana y vigorosa en ese desastre urbano, pálido y mudo” (Edwards Bello, 2006:156). El texto describe los efectos espurios de la intervención:

“El roto se iba con la sífilis y la viruela, borracho, cojo, tuerto, trágico, arrastrando el espectro de la ramera pobre, dejando en esos escombros lo mejor de sus energías, lo más fuerte de su alma y cuerpo. Se iba para otro lado, mudo y fatalista, sin preguntar a quién dejaba todo eso, abriendo cancha al burgués, al gringo y al futre que venían en nombre de la civilización y de Darwin” (Edwards Bello, 2006:156).

El transformismo de la ciudad corre a parejas con el expolio de la ecología del roto y el diferimiento definitivo de sus coordenadas identificatorias. A Esmeraldo no le queda sino el recurso al resentimiento. La novela se cierra con la huída de Esmeraldo siendo acosado por las fuerzas del orden en compañía del profesional ilustrado. La fuga es exitosa en virtud del apuñalamiento de su seguidor más próximo que resulta ser Lux, el pretendido padre salvador —epitafio del iluminismo civilizatorio. Esmeraldo se aferra al único resto que le queda: su libertad de roto. La escena final coteja este deseo con el símbolo más emblemático del progreso:

el ferrocarril: “El chiquillo cruzó la vía saltando casi la trompa de acero de la locomotora que se venía encima. Pasó rozándole, echándole en la cara su calina, su soplo potente de vida y muerte” (Edwards Bello, 2006:162). La imagen enrostra el hecho que el roto se construye enfrentado a lo moderno, en pugna con su ideal finalista. La novela de Edwards Bello muestra el acoso que se cierne sobre todo aquello que se exime de formar parte del espíritu de la época. Las primeras páginas retratan la marginalidad del barrio Estación Central que será desechado por las obras de remodelación urbana favorecidas por el festejo del Centenario, pero luego, una vez consumado el crimen del *futre*, la prensa retoma su interés con el propósito de recuperar el entorno barrial. El fracaso del plan arquitectónico es el fracaso de la iniciativa civilizatoria y redunda en los obstáculos que impiden el bienestar, el progreso y la vida saludable. Sobrevive, aunque no sea más que una pura impertinencia, el excedente de la lógica modernista: un *lapsus* intramitable que resiste la restauración tanto como su desaparecimiento.

La novela de Edwards Bello se proyecta originalmente en dos tramos. El primero, de 1918, es publicado en París bajo el título *La cuna de Esmeraldo*. Dos años más tarde, la borradura del nombre propio en la versión definitiva, su relevo por el genérico —*El roto*— ilustra la serie de operaciones ya descritas: volver transparente la línea fronteriza que escinde lo singular de lo colectivo (Spivak, 2001). Esmeraldo es héroe cuya subjetivación se disemina constantemente. Así, las intenciones críticas que el autor exporta a la novela se desvanecen en los procedimientos narrativos puestos en circulación. Sus contradicciones resultan evidentes: el relato esgrime fórmulas descriptivas (paradigmáticas o ejemplares) que traducen fenómenos individuales en una estructura de clases decimonónica, mientras consagra la división internacional del trabajo y el fortalecimiento del aparato burocrático que hace parte del siglo venidero. Edwards Bello no logra liberarse del discurso hegemónico que cuestiona; su novela irradia luz y conocimiento sobre un mundo degradado —la oscuridad en tanto que iluminada puede ser eliminada. “Los cuadros crudos de *El roto*, vienen a ser como esas fotografías de fieras que los turistas toman de noche en plena selva” (Edwards Bello, 2006: 1), escribe el autor en el prólogo a su novela.; y llega a decirse que su “autor sorprendió las actividades íntimas del pueblo chileno en su fatal obscuridad, con luz de magnesio” (Edwards Bello, 2006: 1). La literatura se asemejaría, por tanto, a una cámara fotográfica que saquea lo que retrata: los animales pierden algo de su naturaleza salvaje cuando aparecen en la secuencia del álbum que recoge los recuerdos vacacionales; la luz magnésica apresa la “fatal obscuridad” (Edwards Bello, 2006: 1) de las clases bajas. Enmarcar la fotografía o circunscribir lo patológico y la ciudad al texto, constituyen los actos que patrocinan la lectura de Edwards Bello: el roto como sujeto en devenir, habitante de una capital acosada por el padecimiento. El marco prodiga límites de cohesión e inteligibilidad de

aquello que queda capturado en su interior; la novela funciona con igual propósito tratándose de la genealogía del roto: lo convierte en heredero de los residuos de la modernidad periférica habida en Chile. El marco instala, sin embargo, una reserva entre aquello que queda consignado como su límite interno y lo que permanece, difuso, en el afuera: “It makes sense [...] to consider the degree of security of any frame, even if some frames are clearly firmer than others”⁵ (Rousseau 2003: 3). En sus puntos vulnerables, donde los cuerpos infectados se vuelven deformes, donde la enfermedad amenaza con hacer inhallable cualquier diferencia entre lo sano y lo patógeno, donde el roto defrauda, una y otra vez, los intentos de domesticación, el espacio literario no solo comporta un *aparato de captura* (Deleuze y Guattari, 1994), sino también, simultáneamente, un sentido que solo es perceptible en tanto fuga. En definitiva, “la cuestión del eurocentrismo tendría pues que decidirse [...] con respecto a la escritura” (Moreiras, 1999: 15).

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, Giorgio
2007a “Lo abierto” [2002]. Trad. Flavia Costa e Ivana Costa. 2^a ed. Adriana Hidalgo; Buenos Aires, Argentina.
- _____. 2007b “Estado de excepción. Homo sacer II, I”. [2003]. Trad. Flavia Costa e Ivana Costa. Adriana Hidalgo; Buenos Aires, Argentina.
- Blanchot, Maurice
1969 “El espacio literario”. [1955]. Trad. Vicky Palant y Jorge Jinkis. 2^a ed. Paidós; Buenos Aires, Argentina.
- Bloch, Ernst
1983 “Sujeto-objeto. El pensamiento de Hegel”. [1949]. Trad. Wenceslao Roces. Fondo de Cultura Económica: México DF, México.
- Bornhauser, Niklas y Estefanía Andahur
2009 “Acerca de la configuración de la locura en el Chile decimonónico”. Revista Austral de Ciencias Sociales 17: 111-26.
- Cid, Gabriel
2009 “Un ícono funcional: la invención del Roto como símbolo nacional, 1870-1888”. En: Nación y nacionalismo en Chile. Siglo XIX. Ed. Gabriel Cid y Alejandro San Francisco. Centro de Estudios Bicentenario; Santiago, Chile. pp. 221-54.

⁵ “Hace sentido [...] considerar el nivel de seguridad de cada marco, incluso si algunos marcos son claramente más firmes que otros” (Trad. A. Kottow).

- Deleuze, Gilles y Félix Guattari
1993 “¿Qué es la filosofía?”. [1991]. Trad. Thomas Kauf. Anagrama; Barcelona, España.
- ____ 1994 “Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia”. [1980]. Trad. José Vázquez. Pre-Textos; Valencia, España.
- Deleuze, Gilles
1996 “Crítica y clínica”. [1993]. Trad. Thomas Kauf. Anagrama; Barcelona, España.
- ____ 2005 “La isla desierta y otros textos. Textos y entrevistas. (1953-1974)”. [2002]. Trad. Mario Morey. Pre-Textos; Valencia, España.
- ____ 2006 “Diferencia y repetición”. [1968]. Trad. María Silvia Delpy y Hugo Beccacece. Amorrortu; Buenos Aires, Argentina.
- Derrida, Jacques
1997 “Mal de archivo. Una impresión freudiana”. [1995]. Trad. Francisco Vidarte. Trotta; Madrid, España.
- ____ 2000 “Estados de ánimo del psicoanálisis. Lo imposible más allá de la soberana crueldad”. Extraído el 12 Agosto, 2011 de <http://www.philosophia.cl>
- ____ 2005 “Canallas. Dos ensayos sobre la razón”. [2003]. Trad. Cristina de Peretti. Trotta; Madrid, España.
- ____ 2008 “El animal que luego estoy si(gui)endo”. [2006]. Trad. Cristina de Peretti y Cristina Rodríguez. Trotta; Madrid, España.
- Derrida, Jacques y Elizabeth Roudinesco
2005 “Y mañana qué...”. [2001]. Trad. Victor Goldstein. Fondo de Cultura Económica; Buenos Aires, Argentina.
- Edwards Bello, Joaquín
2006 “El roto”. [1920]. Universitaria; Santiago, Chile.
- Espinoza, Vicente
2000 “Condiciones de vida de los sectores populares”. Santiago poniente. Desarrollo urbano y patrimonio. Ed. Dirección de Obras Municipales de Santiago & Atelier parisien d'urbanisme. 118-35. Dirección de Obras Municipales; Santiago, Chile.

- Foucault, Michel
1975 “El nacimiento de la clínica: una arqueología de la mirada médica”. [1961]. Trad. Elsa Cecilia Frost. Siglo XXI; Madrid, España.
- ____ 1995. *Theatrum Philosophicum*. 1970. Trad. Francisco Monge. Barcelona: Anagrama.
- ____ 1997. *El pensamiento del afuera*. 1966. Trad. Mario Arranz. Valencia: Pre-Textos.
- Franco, Jean
1993 “La cultura moderna en América Latina”. Fondo de Cultura Económica; México DF, México.
- Iñiguez, José
1982 “Economía y pobreza en América Latina: una introducción”. *Moralia* 1-2: 9-19.
- Hozven, Roberto
2006 “La ciudad de Santiago en el sentir de Joaquín Edwards Bello y de Jorge Edwards”. *Revista Chilena de Literatura* 69: 5-23.
- Jabès, Edmond
2001 “Del desierto al libro”. [1980]. Trad. Gastón Sironi. Alción; Córdoba, Argentina.
- ____ 2002 “Un extranjero con, bajo el brazo, un libro de pequeño formato”. [1989]. Trad. Cristina González y Maryse Privat. Galaxia Gutenberg; Barcelona, España.
- ____ 1990 “El libro de las preguntas, 1”. [1964]. Trad. José Martín Arancibia. Siruela; Madrid, España.
- Klossowski, Pierre
2005 “Nietzsche y el círculo vicioso”. [1969]. Trad. Roxana Páez. Terramar; La Plata, Argentina.
- Kottow, Andrea
2009 “Machos, lachos, padres e hijos en la obra de Joaquín Edwards Bello”. *Revista UDP. Pensamiento y cultura* 08: 134-45.
- Lacan, Jacques
1975 “Le séminaire de Jacques Lacan. Livre XX: Encore, 1972-1973”. Éditions du Seuil, París, Francia.

- Moreiras, Alberto
1999 "Tercer espacio: literatura y duelo en América Latina". Lom; Santiago, Chile.
- Nancy, Jean-Luc
2003a "Corpus. 2000". Trad. Patricio Bulnes. Arena: Madrid, España.
____ 2003b "El sentido del mundo". [1993]. Trad. José María Casas. La Marca; Buenos Aires, Argentina.
____ 2006 "Ser singular plural. [1996]. Trad. Antonio Tudela. Arena; Madrid, España.
____ 2007 "58 indicios sobre el cuerpo. Extensión del alma". [2006]. Trad. Daniel Alvaro. La Cebra; Buenos Aires, Argentina.
____ 2008 "La declosión (Deconstrucción del cristianismo, 1)". [2005]. Trad. Guadalupe. Lucero. La Cebra; Buenos Aires, Argentina.
- Nietzsche, Friedrich
1988 "Consideraciones intempestivas 1". [1872]. Trad. Andrés Sánchez Pascual. Alianza; Madrid, España.
- Otis, Laura
1999 "Membranes. Metaphors of Invasion in Nineteenth-Century Literature, Science, and Politics". The Johns Hopkins University Press; Baltimore, United States.
- Rousseau, S
2003 "Introduction. Framing and Imagining Disease in Cultural History". In: Sebastian Rousseau et. al., eds. Palgrave Macmillan; London, England.
- Rowe, J. W. F.
1965 "Primary commodities in international trade". Easter; Cambridge, England.
- Safouan, Moustapha
2008 "Lacaniana. Los seminarios de Jacques Lacan 1964-1979". [2005]. Trad. Eva Tabakian. Paidós; Buenos Aires, Argentina.
- Said, Edward
2004 "El mundo, el texto y el crítico". [1983]. Trad. Ricardo García. Debate; Buenos Aires, Argentina.
- Sontag, Susan
1984 "Contra la interpretación". [1969]. Trad. Horacio Vásquez. Seix Barral; Barcelona, España.

Spivak, Gayatri
2011 “¿Puede hablar el subalterno?”. Trad. José Amícola. 2^a ed. El cuenco de plata; Buenos Aires, Argentina.

Subercaseaux, Bernardo
2007 “Historia de las ideas y de la cultura en Chile”. Tomo IV. Nacionalismo y cultura. Universitaria. 4 Tomos. 1997-2007; Santiago, Chile.

Sunkel, Osvaldo y Porfirio Paz
1973 “El desarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo”. Taurus; Madrid, España.

White, Hayden
1992 “Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX”. [1973]. Trad. Stella Mastrangelo. Fondo de Cultura Económica; México DF, México.

Recibido: Marzo 2011

Aceptado: Noviembre 2011